

Peter Smithson

José María Fernández Isla

El pasado dos de octubre, en el salón de actos de la Fundación Cultural Coam y ante más de trescientos asistentes, en su mayoría arquitectos y estudiantes de arquitectura, Peter Smithson mostraba su obra más reciente y pronunciaba una conferencia en el acto de clausura de la exposición que durante todo el mes de septiembre ha mostrado 17 proyectos realizados entre 1949 y 1987 por él y su esposa Alison (fallecida en 1993), matrimonio y equipo de arquitectos.

La arquitectura de los Smithson se da a conocer internacionalmente, en el período inmediato al fin de la segunda guerra mundial, cuando en 1949 y pese a la extrema juventud de ambos (en aquella fecha Peter contaba 26 años y Alison sólo 21) ganan el concurso para la construcción de la escuela pública de Hunstanton. En la actualidad es conocida como Smithson Secondary School, seguramente en prueba del merecido reconocimiento al talento de sus autores; aunque también puede ser que, mediante el homenaje, simplemente se pretenda enmascarar una rehabilitación posterior decididamente poco afortunada.

A partir de Hunstanton y nada más despuntar la década de los cincuenta, el matrimonio se convierte en una referencia indiscutible para alcanzar el conocimiento del proceso de desarrollo de la nueva arquitectura británica del período de postguerra. Y a todo ello no es ajeno una incansable actividad cultural e intelectual que la pareja desarrolla simultáneamente como miembros del Independent Group, donde también participarán James Stirling y Reyner Banham.

Una obra sin concesiones, disciplinada y compacta se aprecia en su trayectoria posterior: desde la exposición *This is tomorrow* (1956) a la nueva sede en Londres para el diario financiero *The Economist* (1959-64), que los asociará para siempre

con el concepto de nuevo brutalismo.

"Siempre he pensado que el término brutalismo" —dice Smithson— "ha sido malinterpretado desde el principio. Para muchos, sólo era hacer una arquitectura donde la estructura, el tratamiento del hormigón o de cualquier otro material buscaba únicamente una imagen sobredimensionada, cuando en realidad nuestros postulados no pretendían alcanzar una estética determinada; sólo estaban vinculados a un concepto ético: poner la arquitectura al servicio de la comunidad, en definitiva trabajar para una sociedad que ya había empezado a cambiar su modo de pensar y de vivir. Pero, sobre todo, era necesario demostrar que después de un largo período de guerra, la arquitectura aún seguía siendo posible".

Admite que la búsqueda de esos orígenes, de esa arquitectura posible que la contienda mundial había en cierta medida desdibujado, no fue fácil: "La esencia de la idea era retomar el movimiento moderno para, una vez estudiado en profundidad, ser capaz de contestarlo y si fuese necesario hasta de negarlo con la autoridad que solo permite el conocimiento. De ahí que al principio mucha gente se sintiese sorprendida e incluso molesta ante nuestras propuestas y puede que por todo ello intentaran acercarse a esa arquitectura mediante la busca de una componente formal, de un estilo. Y lo paradójico es que pretendían encontrar una justificación en un campo donde simplemente no existía esa pretensión. Nuestro concepto del acabado era una consecuencia vinculada exclusivamente a la lógica interna del proceso constructivo y no tenía nada que ver con una decisión intelectual o teórica".

Peter Smithson, a sus setenta y tres años, tiene el inconfundible aspecto de caballero inglés pulcro y un tanto excéntrico. Medita con

absoluta seriedad las respuestas, buscando en todo momento la misma precisión para sus palabras como la que se muestra en su obra: "El carácter brutalista de nuestra arquitectura implicaba en cierto sentido una fractura con los comportamientos previos y por lo tanto había que partir del valor, la honestidad y un comportamiento ético para con el proyecto y los elementos que lo configuraban, sus propios materiales. Luego, sólo era cuestión de saberlo transmitir durante toda la duración del proceso constructivo".

Esta preocupación por la estructura interna del proyecto, por la precisión ante su lógica natural o si se prefiere por la falta de énfasis en la busca de resultados preconcebidos es lo que lleva a decir: "Encontrar la correcta dimensión para cada material es la única solución válida desde el punto de vista ético. Lo demás es solo especulación teórica, y un arquitecto no comienza a proyectar a partir de la teoría, lo hace con la intuición".

Pese a ser una figura de gran prestigio —a la que por desgracia, y en demasiadas ocasiones, se asocia a una época no demasiado larga y ya superada—, Peter Smithson se define a sí mismo como optimista pese a no tener demasiados motivos para serlo: "Cuando el equipo norteamericano formado por Skidmore, Owins & Merrill desarrollaron el proyecto de reforma del *Economist*, lo hicieron de un manera muy competente intentando aproximarlos a los nuevos tiempos, sin pensar demasiado en el origen de la obra. Naturalmente acabaron por convertirlo en una especie de edificio al estilo americano, lleno de mármoles italianos carísimos y repleto de muebles de diseño de firma, pero que en nada recordaba al proyecto original". Y con cierta sorna puntualiza: "Es lo que yo defino como un sabotaje inocente".

A pesar de todo, y haciendo gala de un muy británico sentido del fair-play, aceptan que los tiempos y las cosas no pueden detenerse y deben evolucionar: "Sólo se puede entender a la sociedad aceptando que es un elemento cambiante y hasta cierto punto imprevisible, por lo tanto la arquitectura no puede ser ajena a esta realidad. Pero eso no quiere decir que todos los cambios sean para mejor. Desde mi experiencia, el caso del *Economist* fue muy significativo. Tuve una única reunión con Skidmore y, como no me gustaba nada de lo que según sus criterios pretendían modernizar, no volví más".

Para un arquitecto cuya obra se caracteriza por la rotundidad y la franqueza de las formas y de su acabado, donde las leyes básicas de la arquitectura se respetan y valoran hasta lo más íntimo, no parece lógico que se sienta demasiado a gusto dentro de las últimas tendencias de la arquitectura del presente: "No siento ningún aprecio por la arquitectura retórica, sea cual sea la forma en que ésta se manifieste; por ejemplo, el high-tech en demasiadas ocasiones sólo es un pretexto para llegar a conseguir un high budget (alto presupuesto)".

Admirador de la gastronomía española —le encanta el jamón y el rabo de toro—, confiesa no estar demasiado bien informado y al día sobre la más reciente arquitectura española: "Conocí de estudiantes a Carne Pinós y a Enric Miralles y su cementerio en Igualada me parece una obra magnífica, una pieza maestra. También hay algunas cosas de Coderch que son muy interesantes. Y, naturalmente, está Rafael Moneo, que es un gran arquitecto, pero del que al natural sólo he visto la estación de Atocha, que es un proyecto realmente singular, pese a producirme cierta sensación de que está realizada por seis equipos de arquitectos diferentes". ■